

el desierto, que no verá el bien cuando viniere, sino antes estará desmedrado en perpetua sequedad, y en tierra salobre é inhabitable. Mas, por el contrario, del varon justo dice luego así: Bendito sea el varon que tiene su esperanza en el Señor, porque él será su ayudador. Este tal será como un árbol plantado par de las corrientes de las aguas, que con la virtud del humor vecino extenderá sus raíces, y en el año de la sequedad estará seguro de la fuerza del estío y sus hojas estarán siempre verdes, y nunca dejará de dar su fructo. Hasta aquí son palabras del profeta. Pues dime, ruégote, ¿qué mas era menester (si tuviesen los hombres seso) para ver la diferencia que hay solo por parte de la esperanza entre la suerte de los buenos y de los malos, y entre la prosperidad de los unos y de los otros? ¿Qué mayor bien puede tener un árbol, que estar plantado de la manera que aquí nos lo pinta este profeta? Pues tal es en su manera el estado del justo, á quien todas las cosas suceden prósperamente, por estar plantado par de las corrientes del agua de la divina gracia. Mas, por el contrario, ninguna peor suerte puede haber á un árbol, que ser infructuoso y silvestre, y estar en mala tierra, y fuera de la vista y culto de los hombres: para que por aquí vean los malos que no pueden tener en esta vida otro mas miserable estado que tener desviados sus ojos y corazón de Dios (que es fuente de aguas vivas), y tenerlos puestos en los arrimos de las criaturas frágiles y engañosas; que es la tierra desierta, seca, y inhabitable. Por donde verás muy bien cuán digno de ser llorado es el mundo, que en tan mala tierra está plantado; pues en tan flacos estribos tiene puesta su esperanza, que no es esperanza, sino engaño y confusión, como arriba se declaró.

Pues dime, ruégote, ¿qué mayor miseria puede ser que esta? ¿Qué mayor pobreza, que vivir sin esta manera de esperanza? Porque si el hombre quedó por el pecado tan pobre y desnudo, como arriba tratamos (a), y para su remedio era tan necesaria la esperanza de la divina misericordia; ¿qué será dél, quebrada esta ánora en la cual se sostenía? Vemos que todos los otros animales nascen en su manera perfectos, y proveídos de todo lo necesario para su vida. Mas el hombre por el pecado quedó medio deshecho, de tal manera que quasi ninguna cosa de las que ha menester tiene dentro de sí; sino que todo le ha de venir de acarreo, y de limosna por mano de la divina misericordia. Pues quitada esta de por medio, ¿qué tal podrá ser su vida, sino coja, y manca, y llena de mil defectos? ¿Qué cosa es vivir sin esperanza, sino vivir sin Dios? ¿Pues qué le quedó al hombre de su antiguo patrimonio para vivir sin este arrimo? ¿Qué nación hay en el mundo tan bárbara, que no tenga alguna noticia de Dios y que no le honre con alguna manera de honra, y que no espere algun beneficio de su providencia? Un poco de tiempo que se ausentó Moises de los hijos de Israel, pensaron que estaban sin Dios, y como rudos y groseros dieron luego voces á Aaron, diciendo que les hiciese algun dios, porque no se atrevían á caminar sin él (b). En lo cual parece que la misma naturaleza humana, aunque no siempre conoce al verdadero Dios, conoce que tiene necesidad de Dios; y aunque no conozca la causa de su flaqueza, conoce su flaqueza: y por eso naturalmente busca á Dios para remedio della.

(a) Cap. 5. (b) Exod. 32.

De suerte que así como la yedra busca el arrimo del árbol para subir á lo alto, porque por sí no puede; y así como la mujer naturalmente busca el arrimo y sombra del varon, porque como animal imperfecto entienda la necesidad que tiene deste arrimo, así la misma naturaleza humana, como pobre y necesitada, busca la sombra y amparo de Dios. Pues siendo esto así, ¿cuál será la vida de los hombres que viven en tan triste viudez y desamparo de Dios?

Querria saber: los que desta manera viven ¿con quién se consuelan en sus trabajos? á quién se acogen en sus peligros? con quién se curan en sus enfermedades? á quién dan parte de sus penas? con quién se aconsejan en sus negocios? á quién piden socorro en sus necesidades? con quién tratan? con quién conversan? con quién platican? con quién se acuestan? y con quién se levantan? y finalmente, cómo pasan por todos los trances desta vida los que no tienen este recurso? Si un cuerpo no puede vivir sin ánima, ¿cómo un ánima puede vivir sin Dios? pues no es ménos necesario Dios para la una vida, que el ánima para la otra. Y si (como arriba dijimos) la esperanza viva es el ánora de nuestra vida, ¿cómo osa nadie entrar en el golfo deste siglo tan tempestuoso sin el socorro desta ánora? Y si la esperanza decíamos que era el escudo con que nos defendemos del enemigo, ¿cómo andan los hombres sin este escudo en medio de tantos enemigos? Si la esperanza es el báculo con que se sostiene la naturaleza humana despues de aquella general dolencia, ¿qué será del hombre flaco sin el arrimo deste báculo?

Queda pues aquí bastantemente declarado lo que va de la esperanza de los buenos á la de los malos, y por consiguiente lo que va de la suerte de los unos á la de los otros; pues los unos tienen á Dios por defensor y valedor, y los otros el báculo de Egipto, que si os quisieredes afirmar sobre él, quebrarse ha, y entrarse ha por la mano del que estriba sobre él (c). Porque basta la culpa que el hombre comete en poner aquí toda su confianza, para que Dios la cure con el desengaño de su caída: como él lo significó por Hieremías, el cual profetizando la destrucción del reino de Moab, y la causa della, dice así (d): Porque tuviste confianza en tus muros y en tus tesoros, tú tambien serás presa y destruida, y Chamós (que es el Dios en que confías) será llevado captivo, y sus sacerdotes y príncipes tambien con él. Mira pues agora tú cuál sea este linaje de socorro, pues el mesmo confiar en él y procurarlo es perderlo.

Esto baste cuanto á este privilegio de la esperanza; el cual aunque parece ser el mesmo que el de la providencia especial de Dios para con los suyos (de que arriba tratamos), pero no lo es, ántes se diferencia dél como efecto de su causa. Porque como sean muchos los fundamentos y causas desta esperanza (cuales son la bondad y la verdad de Dios, y los méritos de Cristo, etc.), uno de los principales es esta paternal providencia, de la cual procede esta confianza. Porque saber que tiene Dios este cuidado dellos, causa esta confianza en ellos.

(c) Isai. 36. (d) Hier. 48.

CAPITULO XIX.

Del séptimo privilegio de la virtud, que es la verdadera libertad de que gozan los buenos; y de la miserable y no conocida servidumbre en que viven los malos.

De todos estos privilegios susodichos, y señaladamente del segundo y del cuarto (que es de la gracia del Espíritu Sancto, y de las consolaciones divinas), se sigue otro maravilloso de que gozan los buenos; que es la verdadera libertad del ánima, la cual el Hijo de Dios trajo al mundo, y por la cual tiene apellido de Redentor del género humano; por haberlo rescatado de la verdadera y miserable servidumbre en que vivia, y puesto en verdadera libertad. Este es uno de los principales bienes que este Señor trajo al mundo, y uno de los mas señalados beneficios del Evangelio, y uno de los principales efectos del Espíritu Sancto; porque donde este espíritu mora, ahí está la verdadera libertad; como dice el Apóstol (a): Finalmente, este es uno de los grandes premios que en esta vida se prometen á los siervos de Dios, como el mesmo Señor lo prometió á unos que le querian comenzar á servir, diciendo (b): Si vosotros permanecieredes en mis palabras, seréis de verdad mis discípulos, y conoceréis la verdad, y la verdad os librará, esto es, la verdad os dará verdadera libertad. Y respondiendo ellos: Hijos somos de Abraham, y nunca servimos á nadie; ¿cómo dices tú agora que seremos libres? respondió el Señor: En verdad os digo que quien quiera que comete pecado, es siervo del pecado, y el siervo no permanece en la casa para siempre; mas el hijo permanece siempre, y por tanto, si el hijo os libertare, seréis de verdad libres.

En las cuales palabras manifiestamente da el Señor á entender que hay dos maneras de libertad: una falsa (que parece libertad y no lo es), y otra verdadera, que lo es. Falsa es la de aquellos que teniendo el cuerpo libre, tienen el ánimo captivo y subjecto á la tiranía de sus pasiones y pecados: como era la de Alejandro Magno, que siendo señor del mundo, era esclavo de sus vicios. Mas verdadera es la de aquellos que tienen el ánimo libre de todos estos tiranos; como quiera que esté el cuerpo ora suelto, ora captivo: cual era la del apóstol Sant Pablo, que estando preso en una cadena, con el espíritu volaba por el cielo, y con sus cartas y doctrina libertaba el mundo.

La razon de llamar esta á boca llena libertad, y la otra no, es porque como entre las dos partes principales del hombre, el ánima sea sin comparacion mas noble, y quasi el todo del hombre; y el cuerpo no sea mas que la materia, y el subjecto ó la caja en que está el ánima encerrada, de aquí nasce que aquel se debe decir de verdad libre, que tiene esta tan principal parte libre; y aquel falsamente libre, que teniendo esta captiva, el cuerpo trae por do quiere suelto y libre.

§. I.

De la servidumbre en que viven los malos.

Y si preguntares de quién es captivo el que desta manera lo es, digo que lo es del mas feo, torpe, y abominable tirano de cuantos se pueden imaginar, que es el pecado. Porque la mas abominable cosa que hay en el mundo, es el tormento del infierno; y peor y mas abominable es el pecado, que es causa dese tormento. Y deste son siervos y esclavos los malos, como claramente

(a) 2. Cor. 3. (b) Ioann. 8.

lo viste en las palabras del Señor arriba dichas (c): Quien quiera que comete pecado, esclavo es y siervo del pecado. Pues ¿qué servidumbre puede ser mas miserable que esta?

Y no solo es siervo del pecado, mas tambien de los principales atizadores y movedores del pecado, que son: el demonio, el mundo, y nuestra propia carne, corrompida por el mesmo pecado, con todos los apetitos desordenados que della proceden. Porque quien es esclavo de un hijo, tambien lo es de los padres que lo engendraron; y cóstanos que estos tres son los padres del pecado, por lo cual se llaman enemigos del ánima; porque le hacen tan grande mal como es captivarla y entregarla en poder deste tan abominable tirano.

Y aunque todos tres de consuno concuerden en esto, pero con alguna diferencia. Porque los dos primeros se sirven del tercero, que es la carne, como de otra Eva para engañar á Adam; ó como de un muy proprio instrumento y despertador con que nos mueven á todo mal. Por la cual causa el Apóstol mas claramente la llama pecado (d), poniendo el nombre del efecto á la causa; porque ella es la que nos atiza y mueve á todo género de pecados. Y por la mesma razon la llaman los teólogos *Fomes peccati*, que quiere decir, cebo y nutrimento del pecado; porque es el aceite y la leña con que se sustenta el fuego del pecado. Mas nosotros comunmente le llamamos sensualidad, carne ó concupiscencia, que por términos mas claros es nuestro apetito sensitivo (de quien nascen todas las pasiones) en cuanto corrompido y estragado por el pecado; porque este es el atizador, y despertador, y como un manantial de todos los pecados; y por esto señaladamente se sirven dél, y de todos sus apetitos los otros dos enemigos para hacernos guerra por él. Por lo cual divinamente dijo Sant Basilio que las principales armas con que nos hacia guerra el demonio, eran nuestros deseos; porque la demasiada afición de las cosas que deseamos, nos hace procurarlas á tuerto ó á derecho, y romper por todo lo que se nos pone delante, aunque sea prohibido por la ley de Dios: de donde nascen todos los pecados.

Pues este tal apetito es uno de los mas principales tiranos á quien están los malos subjectos, y, como dice el Apóstol (e), vendidos por esclavos. Y llámalos aquí vendidos como esclavos, no porque por el pecado perdiesen ellos el libre albedrío con que fueron criados (porque ni se perdió, ni perderá jamas quanto á su esencia, por mas pecados que se hagan, sino porque por el pecado quedó por una parte este libre albedrío tan flaco, y por otra el apetito tan fuerte, que por la mayor parte prevalece lo fuerte contra lo flaco, y quiebra la sogá por lo mas delgado.)

Pues ¿qué cosa mas para sentir, que ver cómo teniendo el hombre un ánima criada á imágen de Dios, esclavescida con lumbre del cielo, y un entendimiento que sube con su delicadeza sobre todo lo criado, hasta hallar á Dios; que menospreciadas todas estas grandezas, venga á subjectarse y regirse por el ímpetu furioso de su apetito bestial; y este corrompido por el pecado, y sobre todo movido y atizado por el demonio? ¿Qué se puede esperar deste regimiento, y desta guía, sino despeñaderos, y desastres, y caídas, y males incomparables?

Y porque mas claramente veas la fealdad desta servidumbre, quiero traerte para esto un ejemplo muy pal-

(c) Ioan. 8. (d) Rom. 7. (e) Rom. 7.

pable. Imaginemos ahora que estuviese un hombre casado con una mujer, en quien cupiese toda la nobleza, hermosura y discrecion que en una mujer puede haber; y que estando él así muy bien casado, una mulata criada suya, y grande hechicera, teniendo invidia desto le diese algunos bebedizos, con los cuales de tal manera le trastornase el seso, que despreciada la mujer, y puesta á un rincón de casa se entregase todo á la mulata, y la hiciese asentar en el estrado de su mujer, y con ella comiese, y durmiese, y se aconsejase, y tratase todos los negocios de su casa, y por su mandamiento gastase y dispase toda la hacienda en comidas, y fiestas, y juegos, y cosas semejantes; y no contento con esto, llegase su desatino á tales términos, que obligase á su propia mujer á servir como esclava á esta mala mujer en todo lo que ella le mandase. ¿Quién podría imaginar que hasta aquí llegase el embaucamiento de un hombre? Y si hasta aquí llegase, ¿cómo extrañarían esto los que lo supiesen? ¿Qué indignacion tendrían contra aquella mala hembra, y qué compasion de la noble mujer, y qué quejas del desatinado marido? Indignísima cosa parece esta; pero mucho mayor es sin comparacion la que al presente tratamos. Porque has de saber que dentro de nuestra misma ánima hay estas dos tan diferentes mujeres, que son espíritu y carne, las cuales por otros nombres los teólogos llaman porcion superior y inferior. Porcion superior es aquella parte de nuestra ánima en que está la voluntad y la razon, que es la lumbré natural con que Dios nos crió (a), cuya hermosura y nobleza es tan grande, que por ella es el hombre imagen de Dios, capaz de Dios y hermano de los ángeles. Y esta es la noble mujer con que casó Dios al hombre, para que hiciese vida con ella, guiando todas sus cosas por su consejo, que es por esta lumbré celestial. Mas en la porcion inferior está el apetito sensitivo, de que habemos tratado, que nos fué dado para apetecer las cosas necesarias á la vida, y á la conservacion de la especie humana; mas esto por la tasa y orden que por la razon le fuese puesta, así como el dispensero que compra de comer por la orden que le manda su señor. Pues este apetito es la esclava de que hablamos; que por carecer de lumbré de razon, no se hizo para guiar ni mandar, sino para ser guiada y mandada. Y siendo esto así, el malaventurado del hombre de tal manera viene á aficionarse y entregarse á los gustos y deseos desta mala mujer, que desamparando el consejo de la razon, por quien debiera guiarse, viene á regirse por ella, haciendo cuanto le dice: que es poniendo por obra todos sus malos deseos y apetitos. Porque hombres vemos tan sensuales, tan desenfadados, y tan entregados á los deseos de su corazón, que quasi en todas las cosas como unas bestias le obedescen y siguen, sin tener cuenta con ley de justicia ni de razon. Pues ¿qué es esto sino entregar todo el gobierno de su vida á la sucia y torpe esclava de la carne, empleándose en todos los juegos, y pasatiempos, y deleites que ella pide, desamparando el consejo de la nobilísima y legítima mujer, que es la razon?

Y lo que peor y mas intolerable es, que no contentos con esto, hacen á esta misma señora que sirva á esta tan mala esclava, y que se desvele noche y día, inventando y procurando todo lo que conviene para el gusto y contentamiento della. Porque cuando un hombre emplea toda su razon y entendimiento en trazar tantas invencio-

(a) Psal. 3.

nes y maneras de atavíos, de edificios tan curiosos, de potajes y guisados tan exquisitos, de aderezos de casa y de tratos y negocios para granjear todo lo que para esto se requiere, ¿qué es esto, sino desquiciar el ánima de los ejercicios espirituales de su propia nobleza, y hacer que sea esclava, cocinera y dispensera de quien le fué dada por captiva? Y cuando un hombre carnal aficionado á una mujer, para vencer su castidad emplea toda su razon y entendimiento en escribir cartas, en componer sonetos llenos de agudeza y sentencias, y en buscar todas las minas y contraminas que para estos tratos se requieren, ¿qué hace en esto (si piensas) sino servir á la esclava la que era señora, ocupándose aquella lumbré celestial y divina en buscar medios para las vilezas y apetitos de su carne? Y cuando el rey David usó de tantas maneras de medios para encubrir el hurto de Bersabé, mandando venir al marido de la guerra, y convidándolo á cenar, y emborrachándolo en la cena, y despues dándole cartas con avisos y industrias para que el inocente muriese (b); estas trazas ¿quién las hacia sino el entendimiento y la razon? y ¿quién instigaba á hacerlas sino la carne perversa, para encubrir ó gozar mas á su salvo de sus deleites? Cosas son todas estas de que Séneca, con ser filósofo gentil, se afrentaba y avergonzaba, y así decia: Mayor soy, y para mayores cosas nascido que para ser esclavo de mi carne. Pues si nos espantara el embaucamiento de aquel hombre enhechizado y perdido, ¿cuánto mas nos debe espantar esto por lo cual tanto mayores bienes se desperdician, y tanto mayores males se ganan?

Y con ser esta una cosa por una parte tan monstruosa y tan lastimera, y por otra tan usada, pasamos por ella lijaramente sin que nadie pasme de tan gran desorden por estar el mundo tan desordenado. Porque (como dice muy bien Sant Bernardo) no se siente el hedor abominable de los viciosos, por ser tantos los que lo son. Porque así como en la tierra donde todos nascen prietos, no se tiene por injuria la negrura, y donde todos generalmente son beodos, no se tiene por deshonrada la embriaguez, siendo cosa tan vil; así como en todo el mundo generalmente haya esta monstruosidad, apenas hay quien la conozca por tal. Todo esto pues bastante nos declara cuán miserable sea esta servidumbre; y juntamente con esto á cuán espantable pena fué el hombre condenado por el pecado, pues por él fué entregada una criatura tan noble á un tan torpe tirano. Y por tal lo tenia el Eclesiástico (c) cuando hacia oracion á Dios, pidiéndole que lo librase de los deseos desordenados del vientre, y de la deshonestidad, y que no le entregase en poder de un ánima desvergonzada y desenfrenada; como quien pide no ser entregado á algun grande verdugo ó tirano, porque por tal tenia él este apetito.

§. II.

Pues ya si quieres saber qué tan grande sea la potencia deste tirano, puedeslo claramente colegir considerando lo que ha hecho el mundo y hace cada día. Y no quiero para esto ponerte ante los ojos las fábulas que los poetas fingieron, representándonos aquel tan famoso Hércules, el cual despues de vencidos y domados todos los monstruos del mundo, dicen que vencido del amor torpe de una mujer, dejada la maza, se asentaba entre sus cria-

(b) 2. Reg. 11. (c) Ecl. 25.

das á hilar con una rueca en la cinta; porque ella se lo mandaba, y amenazábale si no lo hiciese. Lo cual sabiamente fingieron los poetas para significar por aquí la tiranía y potencia deste apetito. Ni tampoco quiero traer aquí las verdades antiguas de las Escrituras divinas, donde se nos propone un Salomón (a), por una parte lleno de tan grande sanctidad y sabiduría, y por otra adorando los ídolos, y edificándoles templos, por complacer á sus mujeres (que no ménos declara la tiranía desta pasion); sino los ejemplos cotidianos que nos pasan por las manos cada día. Mira pues á lo que se pone una mujer adúltera por obedecer á un apetito desordenado (porque en esta pasion quiero agora poner ejemplo, para que por esta se vea la fuerza de las otras). Sabe esta muy bien que si el marido la tomare con el hurto en las manos, la matará; y que en un mismo punto perderá la vida, la honra, la hacienda, y el alma con todo lo demas que en este mundo y en el otro se puede perder (que es la mayor y mas universal pérdida de cuantas hay), y que juntamente con esto dejará á sus hijos, y padres, y hermanos, y todo su linaje deshonorado, y con perpetua materia de dolor; y con todo esto es tan grande la fuerza deste apetito ó (por mejor decir) la potencia deste tirano, que le hace pasar por todo esto, y beber todos estos tragos tan horribles con grandísima facilidad, por hacer lo que él le manda. Pues ¿qué tirano obligó jamás á un captivo que tuviese, á obedecer con tan grande riesgo á lo que él le mandase? ¿qué mas duro y miserable captiverio quieres que este?

Pues en este estado generalmente viven los malos, como claramente lo significó el Profeta, cuando dijo (b): Asentados están en tinieblas y sombra de muerte, padesciendo hambre, y estando presos con cadenas de hierro. Pues ¿qué tinieblas son estas, sino la ceguedad en que viven los malos (de que arriba tratamos), pues ni conocen á sí, ni á Dios como conviene, ni para qué viven, ni para qué fin fueron criados, ni la vanidad de las cosas que aman, ni el mismo captiverio y servidumbre en que viven? Y ¿qué cadenas son estas con que están presos, sino las fuerzas de las aficiones con que están sus corazones aferrados con las cosas que desordenadamente aman? Y ¿qué hambre es esta que padescen sino el apetito insaciable que tienen de infinitas cosas que no alcanzan? Pues ¿qué mayor captiverio quieres que este?

Veamos esto mismo por otros ejemplos. Pon los ojos en Amnon, hijo primogénito de David: el cual, despues que puso los suyos en su hermana Tamar, de tal manera se cegó con estas tinieblas, y se prendió con estas cadenas, y se afligió con esta hambre, que vino á perder el comer, el beber, el sueño, la salud, y caer en cama enfermo con la fuerza desta pasion (c). Pues dime: ¿qué tales eran las cadenas de la aficion y aprehension con que estaba su corazón captivo, pues tal impresion hicieron en la carne y en los mismos humores del cuerpo, que bastaron para causarle tan grande enfermedad? Y porque no pienses que la cura desta dolencia es alcanzarse lo que se desea, mira bien cómo quedó mas enfermo y mas perdido despues que alcanzó lo que deseaba, de lo que estaba antes. Porque muy mayor dice la Escritura que fué el odio con que aborresció despues á la hermana, que el amor que antes le habia tenido. De manera que no quedó con el vicio libre de la pasion, sino

(a) 3. Reg. 8. et 11. (b) Psal. 106. (c) 2. Reg. 13.

trocóla por otra mayor. Pues ¿hay tirano en el mundo que así vuelva y revuelva sus prisioneros, y así les haga tejer y destejer, andar y desandar los mismos caminos?

Tales pues son todos los que están tirannizados deste vicio, los cuales apenas son señores de sí mismos, pues ni comen, ni beben, ni piensan, ni hablan, ni sueñan sino en él; sin que ni el temor de Dios, ni el ánima, ni la consciencia, ni paraíso, ni infierno, ni muerte, ni juicio, ni aun á veces la misma vida y honra (que ellos tanto aman), sea parte para revocarlos deste camino, ni romper esta cadena. Pues ¿qué diré de los celos destes, de los temores, de las sospéchas, y de los sobresaltos y peligros en que andan noche y día aventurando las almas y las vidas por estas golosinas? ¿Hay pues tirano en el mundo que así se apodere del cuerpo de su esclavo, como este vicio del corazón? Porque nunca un esclavo está tan atado al servicio de su señor, que no le queden muchos ratos de día y de noche en que huelgue, y entienda en lo que le cumple. Mas tal es este vicio y otros semejantes, que despues que se apoderan del corazón, de tal manera lo prenden y se lo beben todo, que apenas le queda al hombre valor ni habilidad, ni tiempo, ni entendimiento para otra cosa. Por lo cual no en balde dijo el Eclesiástico (d) que las mujeres y el vino robaban el corazón de los sabios, porque quasi tan alienado queda un hombre con este vicio por sabio que sea, y tan inhábil para todas las cosas que son propias de hombre, como si hubiese bebido una cuba de vino. Y para significar esto el ingenioso poeta, finge de aquella famosa reina Dido, que en el punto que se cegó con la aficion de Enéas, luego desistió de todos los públicos ejercicios y reparos de la ciudad. De manera que ni los muros comenzados iban adelante, ni la juventud ejercitaba las armas, ni los oficiales públicos entendían en fortalecer los puertos, ni en los otros pertrechos necesarios para defension de la patria. Porque este tirano de tal manera dice que prendió todos los sentidos desta mujer, que para todo quedó inhábil, si no solo para aquel cuidado, el cual cuanto mas se apoderó del corazón, tanto ménos le dejó de valor para todo lo demas. ¡Oh vicio pestilencial, destructor de las repúblicas, cuchillo de los buenos ejercicios, muerte de las virtudes, niebla de los buenos ingenios, enajenamiento del hombre, embriaguez de los sabios, locura de los viejos, furor y fuego de los mozos, y comun pestilencia del género humano!

Y no solo en este vicio, mas en todos los otros hay esta misma tiranía. Si no, pon los ojos en el ambicioso y vanaglorioso que anda perdido por el humo de la honra, y mira cuán sujeto vive á este deseo, cuán apetitoso de gloria, cuán diligente en procurarla; pues toda la vida y todas las cosas ordena para este fin: el servicio, el acompañamiento, el vestido, el calzado, la mesa, la cama, el aparato de casa, los criados, los gestos, los meneos, la manera del andar, y del hablar, y del mirar, y finalmente todo cuanto hace, para este fin lo hace, pues de tal manera lo hace como mas convenga para parecer mejor, y ser loado, y alcanzar este soplo de viento. De manera que si bien lo miras, todo lo que ordinariamente dice y hace, es armar lazos y redes para cazar este aplauso y aire popular. Y si nos maravillamos del otro emperador que gastaba todas las siestas en andar á caza de moscas con un punzon en la mano; ¿cuánto es mas de maravillar la locura deste miserable, que no solo las

(d) Ecl. 49.

siestas, sino toda la vida gasta en cazar este mundo y aireico del mundo? Por lo cual el triste ni hace lo que quiere, ni viste como quiere, ni va donde quiere; pues deja muchas veces de ir aun á las iglesias, y tratar con los buenos, por miedo de lo que el mundo (á quien él vive sujeto) dirá. Y (lo que mas es) por esto gasta mucho mas de lo que quiere, y de lo que tiene, y se pone en mil necesidades con que infierna su ánima, y tambien las de sus descendientes, á los cuales deja por herederos de sus deudas, y imitadores de sus locuras. Pues ¿qué pena merecen estos, sino la que escriben haber dado un rey á un hombre muy ambicioso, al cual mandó que diesen humo á narices hasta que muriese, diciendo que justamente era castigado con muerte de humo, pues toda la vida habia gastado en procurar humo de vanidad? Pues ¿qué mayor miseria que esta?

¿Qué diré tambien del avariento cobdicioso, que no solo es esclavo, sino tambien idólatra de su dinero, á quien sirve, á quien adora, á quien obedece en todo cuanto le manda, por quien ayuna y se quita el pan de la boca, y á quien finalmente ama mas que á Dios, pues por él mil veces ofende á Dios? En él tiene su descanso, en él su gloria, en él su esperanza, en él todo su corazón y pensamiento; con él se acuesta, con él se levanta, y toda la vida y todos los sentidos emplea en tratar dél, olvidado de sí y de todo lo al. Deste tal, ¿dirémos que es señor del dinero para hacer dél lo que quiere, ó esclavo y captivo dél, pues no ordena el dinero para sí, sino á sí para el dinero, quitándolo de la boca y aun del ánima, para ponerlo en él?

Pues ¿qué mayor captiverio puede ser que éste? Porque si llamais captivo al que está encerrado en una mazmorra, ó al que tiene los pies en un cepo ¿cómo no estará preso el que tiene el ánima presa con la afición desordenada de lo que ama? Porque cuando esto hay, ninguna potencia queda al hombre perfectamente libre, ni es señor de sí mismo, sino esclavo de aquello que desordenadamente ama; porque donde está su amor, allí está preso su corazón, aunque no se pierda por eso su libre albedrío. Y no hace al caso con qué género de ataduras estés preso, si la mejor y mayor parte de tí lo está; ni disminuye la servidumbre desta prision, que estés voluntariamente preso; porque si ella es verdadera prision, tanto será mas peligrosa, cuanto fuere mas voluntaria; pues vemos que no disminuye la malicia del veneno ser muy dulce, si él es de verdad veneno. Y no puede ser mayor prision que la que de tal manera tira por tí, y te tiene preso, que te hace cerrar los ojos á Dios, á la verdad, á la honestidad, y á las leyes de justicia; y de tal manera te tiene tirannizado, que así como el beodo no es señor de sí mismo, sino el vino, así el que desta manera está preso, no es del todo señor de sí mismo sino de su pasión, aunque no por esto pierda su libre albedrío. Y si el captiverio estormento; ¿qué mayor tormento que el que uno destos miserables padesce, pues infinitas veces ni puede alcanzar lo que desea, ni quiere dejar de desearlo, ni sabe qué se haga, ni qué camino se tome! Y con esta perplexidad viene á decir lo que el otro poeta dijo á una mujer mal acondicionada: aborézcode, y ámote juntamente; y si me preguntas la causa, la causa es, porque ni puedo vivir contigo, ni puedo pasar sin tí. Pues ya si alguna vez acomete á romper estas cadenas, y vencer estas aficiones, halla luego tan grande resistencia, que muchas veces desespera de la victoria, y así se torna el mi-

serable otra vez á meter de piés en la misma cadena. ¿Parécete pues que se puede llamar tormento y captiverio este?

Y si fuese esta una sola cadena, ménos mal sería; porque estando el hombre preso con una sola prision, y peleando con un solo enemigo, ménos desconfiaría de vencerlo. Mas ¿qué dirémos de otras prisiones de aficiones con que este miserable está preso? Porque como la vida humana está sujeta á tantas maneras de necesidades, todas estas son cadenas y motivos de cobdicias; porque son grandes lazos con que se prende nuestro corazón, aunque esto sea mas en unos que en otros. Porque hay algunos hombres naturalmente tan aprehensivos, que apenas pueden desasirse de lo que una vez aprehenden. Otros hay melancólicos, á quien tambien hace aprehensivos y vehementes en sus deseos este humor. Otros hay pusilánimes, á quien todas las cosas parecen grandes y muy dignas de ser estimadas y deseadas por pequeñas que sean, porque al corazón pequeño todo le parece grande por poco que sea, como Séneca dijo. Otros hay naturalmente vehementes en todas las cosas que desean (como son ordinariamente las mujeres), las cuales dice un filósofo que aman ó aborrescen, porque no saben tener medio en sus aficiones. Todos estos pues padescen muy duro y áspero captiverio con la fuerza de las pasiones que los captivan. Pues si tan grande miseria es estar preso con una sola cadena, y ser esclavo de un solo señor, ¿qué será estar preso con tantas cadenas, y ser esclavo de tantos señores, como lo es el malo, el cual tantos señores tiene, cuantas son las pasiones á que obedece, y los vicios á que sirve?

Pues ¿qué mayor miseria que esta? Si toda la dignidad del hombre, en cuanto hombre, consiste en dos cosas, que son razon y libre albedrío, ¿qué cosa mas contraria á lo uno y á lo otro que la pasión, que ciega la razon, y lleva tras sí el libre albedrío? Por donde verás cuán perjudicial y dañosa sea cualquiera desordenada pasión; pues así derriba al hombre de la silla de su dignidad, escureciéndole la razon, y pervirtiéndole el libre albedrío, sin las cuales dos cosas el hombre no es hombre, sino bestia. Esta es pues, hermano, la miserable servidumbre en que viven todos los malos, como gente que no se rige por Dios, ni por razon, sino por apetito y pasión.

§. III.

De la libertad en que viven los buenos.

Pues desta tan miserable servidumbre nos vino á liberar el Hijo de Dios; y esta es la libertad y victoria que celebra el profeta Isaías, cuando dice (a): Alegrarse han, Señor, en tí tus redemidos, como los labradores cuando cogen el fruto de sus labranzas, y como se alegran los vencedores despues de tomada la presa, cuando reparan los despojos. Porque tú, Señor, quitaste de encima dellos el yugo pesado que los apremiaba, y la vara que los heria, y el sceptro del tiranno que con tributos desahorados los oprimia. Todos estos nombres de yugo, de vara, de sceptro, convienen á la tiranía y fuerza de nuestro apetito, porque dél, como de muy proprio instrumento, se aprovecha el demonio (que es el príncipe deste mundo) para tirannizar los hombres y subjectarlos al pecado. Pues de toda esta fuerza y potencia nos libró el Hijo de Dios con la abundancia de la gracia que con

(a) Isai. 2.

el sacrificio de su muerte nos ganó. Por lo cual dice el Apóstol que nuestro viejo hombre fué juntamente crucificado con él (a). Y llama aquí viejo hombre este apetito, que se desordenó por aquel primer pecado. Porque por aquel grande sacrificio y mérito de su pasión, nos alcanza gracia para sojuzgar este tiranno, y ponerlo debajo los piés, y hacerlo pasar por la pena del Talion; crucificando á quien ántes nos crucificaba, y captivando á quien ántes nos tenia captivos. Y así viene á cumplirse lo que el mesmo Isaías en otra parte profetizó diciendo (b): Prenderán á los que ántes los prendian, y subjectarán á sus opresores. Porque ántes de la gracia nuestro apetito sensual traia sujeto y tirannizado á nuestro espíritu, haciéndolo servir á sus malos deseos (como arriba se declaró); mas recibida la gracia, de tal manera es ayudado por ella, que prevalece contra este tiranno, y le subjecta y hace obedecer á lo que es razon.

Esto fué maravillosamente figurado en la muerte de Adonibezec, rey de Hierusalem, á quien mataron los hijos de Israel, cortándole primero los piés y las manos (c); el cual como así se viere y se acordase de las crueldades y tiranías que hasta allí habia usado, dijo estas palabras: Sesenta reyes cortados los piés y las manos comian debajo de mi mesa las migajas que della caían, y agora veo que de la manera que yo lo hice, así lo ha hecho Dios conmigo. Y añade la Escritura que lo llevaron así como estaba á Hierusalem, y que ahí murió. Esté tan cruel tiranno, figura es del príncipe deste mundo; el cual ántes de la venida del hijo de Dios generalmente mancaba los hombres de piés y de manos, destroncándolos y inhabilitándolos para servir á Dios, cortándoles las manos para no hacer bien, y los piés para no desearlo; y demas desto haciéndolos andar comiendo las migajuelas pobres que de su mesa caían: que son los deleites mundanales y sensuales, con que este mal príncipe apacienta á sus servidores; los cuales con mucha razon se llaman migajas y no pedazos de pan, por la escaseza grande con que este tiranno reparte á los suyos estos relieves, pues nunca se los da en la hartura y abundancia que ellos desean. Mas despues que el Salvador vino al mundo, hizo pasar á este tiranno por la pena que él daba á los otros, cortándole los piés y las manos: esto es, deshaciendo y quebrantando todas sus fuerzas. Cuya muerte señaladamente se dice fué en Hierusalem; porque ahí fué donde el Salvador del mundo, muriendo, mató al príncipe deste mundo; y donde siendo él crucificado, le crucifijó, y ató de piés y manos, y le quitó su poder. Y así luego despues de su sacratísima pasión comenzaron los hombres á triunfar deste tiranno, enseñoreándose tan poderosamente del mundo, del demonio y de todos sus vicios y apetitos, que todos los tormentos y halagos del mundo no fuéron bastantes para derribarlos en un pecado mortal.

§. IV.

De las causas de do procede esta libertad.

¿Preguntarás por ventura de dónde procede esta tan maravillosa victoria y libertad? A esto digo que despues de Dios procede primeramente (como ya dijimos) de la divina gracia, la cual mediante las virtudes que della proceden, de tal manera adormesce y templá el furor de nuestras pasiones, que no las deja prevalecer contra la razon. Por donde así como los encantadores suelen con

(a) Rom. 6. (b) Isai. 44. (c) Judic. 1.

algunas palabras encantar las serpientes para que no hagan mal á nadie (de manera que estando vivas no son ponzoñosas, y teniendo veneno no dañan con él), así tambien esta divina gracia de tal modo encanta estas ponzoñosas serpientes de nuestras pasiones, que estándose ellas vivas y enteras en el sér de naturaleza, no lo están en la malicia de la ponzoña; pues no bastan (como ántes hacian) para emponzoñar nuestra vida. Lo cual divinamente significó el profeta Isaías, cuando dijo (d): Alegrarse ha el niño de teta sobre los agujeros de la serpiente; y el que estuviere ya destetado meterá seguramente la mano en la cueva del basilisco. No harán mal ni matarán en todo mi santo monte; porque la tierra estará tan llena del conocimiento de Dios, como de las aguas del mar que la cubre. Pues claro está que no habla aquí el profeta de las serpientes materiales, sino de las espirituales que son nuestras pasiones y malas inclinaciones, que cuando se desmandan, bastan para emponzoñar el mundo. Ni tampoco habla de niños corporales, sino espirituales; entre los cuales se llama niño de teta el que comienza á servir á Dios, que aun ha menester leche para criarse; y destetado el que está ya mas aprovechado, que puede andar por su pié, y comer pan con corteza. Pues tratando de los unos y de los otros, dice de los primeros, que se alegrarán de ver cómo estando en compañía destas espirituales serpientes, por virtud de la divina gracia no recibirán dellas daño mortal, consintiendo en el pecado; mas de los postreros que están ya destetados, y adelantados en el camino de Dios, dice que meterán la mano en la cueva del basilisco: esto es, que los guardará Dios aun entre mayores peligros; porque en ellos se cumplirá aquella promesa del Salmo, que dice: Sobre la serpiente y basilisco andarás, y pondrás los piés sobre el leon y el dragon (e). Pues estos son los que metiendo las manos en la cueva del basilisco, no recibirán daño; porque la abundancia de la gracia que se derramará sobre la tierra, de tal manera encantarán estas serpientes, que no sean parte para hacer daño á los hijos de Dios.

Esto mesmo aun mas claramente y sin metáforas esplicó el Apóstol, cuando despues de haber tratado muy copiosamente de la tiranía de nuestros apetitos y de nuestra carne, al cabo exclamó diciendo (f): Miserable de mí, ¿quién me librará del cuerpo desta muerte? responde él mesmo en una palabra, diciendo: La gracia de Dios que se nos da por Cristo. En el cual lugar no entiendo él por el cuerpo de muerte este cuerpo sujeto á la muerte natural que todos esperamos, sino el que en otro lugar llama él cuerpo de pecado (g), que es nuestro apetito mal inclinado, del cual (como de un cuerpo) proceden los miembros de todas las pasiones y deseos desordenados que nos llevan á pecar. Y deste tal cuerpo (como de un cruel tiranno) dice el Apóstol que nos libra la gracia que se da por Cristo, como está dicho.

Despues de la cual la segunda y muy principal causa es la grandeza del alegría y de las consolaciones espirituales de que los justos gozan, segun que arriba declaramos. La cual de tal manera apaga la sed de todos sus deseos, que con esto fácilmente vencen y despiden de sí todos los apetitos y deseos; y hallada esta fuente de todos los bienes, luego pierden el apetito congajoso de todos los otros bienes, como el Señor lo declaró á la mujer samaritana, diciendo (h): Quien be-

(d) Isai. 44. (e) Psal. 90. (f) Rom. 7. (g) Rom. 6. (h) Joann. 4.

biere del agua que yo le daré (que es la divina gracia) nunca jamás padecerá sed. Lo cual dice Sant Gregorio en una homilía por estas palabras (a): El que perfectamente ha conocido la dulcedumbre de la vida celestial, luego desampara todas las cosas que sensualmente amaba, deja lo que poseía, derrama lo que allegaba, enciéndesele el corazón con deseos del cielo, desagrádale todo lo que hay en la tierra, y paréscelle feo todo lo que ántes le era hermoso; porque solo el resplandor desta preciosa margarita reluce en su ánima. Pues desta manera lleno el vaso de nuestro corazón deste licuor celestial, y apagada con él la sed de nuestra ánima, no tiene por qué andar hambreado y procurando los bienes perecederos desta vida; y así queda libre de las cadenas de las aficiones dellos, porque donde no hay deseo ni amor, no hay cadena ni prisión. Y desta manera el corazón que vino á hallar al Señor de todo, se halla él también en su manera señor de todo; pues tiene resumidos los otros bienes en este bien.

Con estos dos favores de Dios (que para esta libertad nos ayuda) se junta también la diligencia y cuidado que los buenos tienen de sujetar la carne al espíritu, y las pasiones á la razón, con la cual vienen ellas poco á poco á mortificarse, y habituarse á lo bueno, y á perder muy gran parte del furor y brio que ántes tenían. Porque (como dice Sant Crisóstomo) si las bestias fieras acostumbradas á tratar con los hombres, vienen por tiempo á perder su natural fiereza, y vestirse de la blandura y mansedumbre de los hombres (por donde dijo el Poeta, que el tiempo y la costumbre hacia á los leones obedecer á los hombres), ¿qué mucho es que nuestras pasiones naturales, acostumbradas á obedecer á la razón, vengan poco á poco á razonarse y domesticarse: esto es, á participar en algo la condición del espíritu y de la razón, y holgar con las obras della? Y si para esto basta el uso y la buena costumbre, ¿cuánto más bastará la gracia ayudada con la misma costumbre?

Pues de aquí nasce que muchas veces los siervos de Dios sensualmente (si decirse puede), huelguen más con el recogimiento, y con el silencio, y con la lición, y oración, y meditación, y con otros tales ejercicios, que nunca holgaran con el juego, y con la caza, y con todas las conversaciones y recreaciones del mundo; las cuales ellos tienen por tormento: de tal manera que aun la misma carne viene á aborrescer lo que ántes amaba, y tomar gusto y contentamiento en lo que ántes aborrescía. Lo cual es en tanta manera verdad, que muchas veces (como dice Sant Buenaventura en el prólogo del estímulo del amor de Dios) se deleita tanto la parte inferior de nuestra ánima en los ejercicios de la oración y comunicación con Dios, que recibe tormento cuando por algún justo impedimento la apartan de allí. Y esto es lo que quiso significar el Profeta, cuando dijo (b): Alabaré yo al Señor, porque me dió entendimiento; y también porque de noche mis rehenes me reprehenden, ó (como trasladó otro intérprete) me enseñan. Esta es cierta una señalada obra de la divina gracia. Porque por las rehenes entienden aquí los exponeadores, los afectos y movimientos interiores del hombre, que suelen ser (como ya dijimos) estímulos y despertadores de pecar: los cuales por virtud de la gracia, muchas veces no solo no nos incitan al mal de la manera que solían; mas ántes á veces ayudan al bien; y no solo no sirven al demonio (en

(a) Hom. 11. in Evang. (b) Psal. 45.

cuyos reales servían), mas ántes pasándose á los de Cristo, vuelven las armas contra el enemigo. Lo cual aunque en muchos ejercicios de vida espiritual se pueda ver, pero señaladamente en el afecto de la contrición y dolor de los pecados, en el cual tiene también su parte la porción inferior de nuestra ánima, afligiéndose y derramando lágrimas por ellos. Y por esto dice el sancto Profeta que de noche, cuando suelen los justos al cabo del día examinar su consciencia y llorar sus culpas; cuando este profeta dice en otra parte, que barría su espíritu con este ejercicio, entónces le reprehendían sus rehenes (c); porque con el desabrimento que en esta parte de su ánima sentía por haber ofendido á Dios, quedaba castigado y escarmentado para no volver á cometer lo que tanto le había dolido. Por lo cual con mucha razón da gracias al Señor, porque no solo la parte superior de su ánima (donde está la razón) le convidaba al bien, mas también la parte inferior della, que comunemente suele ser incentivo y despertador de mal. Mas aunque esto en su manera sea verdad (y sea esta una grande gloria de la redempción de Cristo, que como perfectísimo Redemptor, perfectísimamente nos redimió y libertó); no por eso debe nadie descuidarse ni fiarse de su carne (por muy mortificada que esté), mientras vive en esta vida mortal.

Estas pues son las causas principales desta maravillosa libertad: de la cual (entre otros efectos) se sigue un nuevo conocimiento de Dios, y una confirmación de la fe y religión que profesamos: como claramente lo testifica el mismo Señor por Ezequiel, diciendo (d): Conocerán los hombres que soy Dios, cuando quebrare las cadenas del yugo dellos, y los librare de las manos de los que los tenían tirannizados. Este yugo ya dijimos que era la sensualidad, ó apetito desordenado de pecar, que dentro de nuestra carne mora, y nos oprime, y sujeta al pecado. Las cadenas deste yugo son las malas inclinaciones con que el demonio nos prende y lleva tras sí; las cuales son tanto más fuertes, cuanto más confirmadas están con la mala costumbre, como Sant Agustín lo confiesa en sí mismo, diciendo (e): Preso estaba yo, no con hierro, sino con mi propia voluntad, que era más dura que hierro. Mi querer tenía en sus manos mi enemigo, y de mí había hecho cadena contra mí, con la cual me tenía preso. Porque de mi perversa voluntad nació mi mal deseo, y del mal deseo el vicio, y de la continuación del vicio la costumbre; y esta era la cadena con que el demonio tenía preso mi corazón. Pues cuando un hombre se vió algún tiempo desta manera preso (como se vió este mismo sancto), y probando muchas veces á salir deste captiverio, halló tan dificultosa la salida (como él mismo la halló), cuando después de vuelto á Dios ve quebradas estas cadenas, y mortificadas estas pasiones, y se halla libre y señor de sus apetitos, y ve puesto debajo de sus piés el yugo que tenía sobre sus hombros; ¿qué ha de hacer sino conjeturar por aquí que es Dios el que quebró tales cadenas, y quitó aquel yugo tan pesado de su cerviz? ¿Qué ha de hacer sino alabar á Dios con el Profeta, diciendo (f): Quebrastes, Señor, mis ataduras; á ti sacrificaré sacrificio de alabanza, y invocaré tu sancto nombre.

(c) Psal. 70. (d) Ezech. 54. (e) Lib. 8. Conf. c. 3. (f) Psal. 115.

CAPITULO XX.

Del octavo privilegio de la virtud, que es la bienaventurada paz y quietud interior de que gozan los buenos, y de la miserable guerra y desasosiego que dentro de sí padescen los malos.

Deste privilegio susodicho (que es la libertad de los hijos de Dios) se sigue otro no menor, que es la paz y sosiego interior en que viven los tales. Para cuyo entendimiento es de saber que hay tres maneras de paz. Una con los prójimos, otra con Dios, y otra consigo mismo. La paz con los prójimos es estar en gracia y amistad con ellos, sin querer mal á nadie: la cual tenía David, cuando decía (a): Con los que aborrescían la paz era yo pacífico, y cuando les hablaba con mansedumbre me hacían guerra sin causa. Esta paz nos encomienda el apóstol Sant Pablo (b), amonestándonos que trabajemos todo lo posible (á lo ménos cuanto es de nuestra parte) por tener paz con todos los hombres. La segunda paz, que es con Dios, consiste también en la gracia y amistad de Dios, que se alcanza por medio de la justificación, la cual reconcilia el hombre con Dios, y hace que Dios ame al hombre, y el hombre á Dios, sin que haya guerra ni contradicción de parte á parte. De la cual dijo el Apóstol (c): Pues estamos ya justificados mediante la fe y amor por Cristo nuestro Salvador, por el cual alcanzamos esta gracia, tengamos paz con Dios. La tercera paz es la que el hombre tiene consigo mismo, de la cual nadie se debe maravillar; pues nos consta que en un mismo hombre hay dos hombres tan contrarios entre sí, como son el interior y el exterior, que son espíritu y carne, pasiones y razón; las cuales no solo hacen guerra cruel y contradicción al espíritu, mas también inquietan con sus apetitos y deseos encendidos, y con su hambre canina á todo el hombre, con lo cual perturban la paz interior, que es el sosiego y reposo de nuestro espíritu.

§. I.

De la guerra y desasosiego interior de los malos.

Esta es pues la guerra y desasosiego continuo en que generalmente viven todos los hombres carnales. Porque como ellos por una parte carezcan de gracia, que es el freno con que se mortifican las pasiones; y por otra tengan tan desenfadado y suelto su apetito, que apenas saben qué cosa sea resistirle en nada; de aquí nasce que viven con infinitas maneras de deseos de cosas diversas: unos de honras, otros de oficios, otros de privanzas, otros de dignidades, otros de hacienda, otros de tales y tales casamientos, y otros de diversas maneras de pasatiempos y deleites; porque este apetito es como un fuego insaciable que nunca dice basta, ó como una bestia tragadora que jamás se harta, ó como aquella sanguijuela chupadora de sangre, de quien dice Salomón (d) que tiene dos hijas, las cuales siempre dicen: daca, daca. Esta sanguijuela es el apetito insaciable de nuestro corazón; y estas dos hijas suyas son, por una parte la necesidad, y por otra la codicia: de las cuales la una es como sed verdadera, la otra como falsa, y no ménos aflige la una que la otra; puesto caso que la una sea necesidad verdadera, y la otra falsa. De donde nasce que ni los pobres, ni los ricos (si son malos) tienen sosiego; porque en los unos la necesidad, y en los otros la codicia, siempre está solicitando el corazón, y diciendo: daca, daca. Pues ¿qué descanso, qué reposo, qué paz puede tener el hombre estando siempre estos dos

(a) Psal. 119. (b) Rom. 12. (c) Rom. 5. (d) Prov. 30.

solicitadores perpetuos llamando á la puerta, y pidiéndole infinitas cosas que no está en su mano dárselas? ¿Qué reposo podría tener el corazón de una madre, si viese diez ó doce hijos al derredor de sí dando voces, y pidiéndole pan, sin tenerlo? Pues esta es una de las principales miserias de los malos. Los cuales, como dice el Salmista (e); están pereciendo de hambre y de sed, y desfalleciendo su ánima en ellos. Porque como esté tan apoderado dellos el amor propio (cuyos son estos deseos), y tengan puesta toda su felicidad en estos bienes visibles; de aquí nasce esta sed y hambre canina que tienen de aquellas cosas en que piensan que consiste esta felicidad; y como no todas veces pueden alcanzar lo que desean (porque se lo defienden otros más golosos, ó más poderosos), de aquí vienen á perturbarse y congojarse, de la manera que hace el niño goloso y regalado, que cuando le niegan lo que pide, llora y patea, y está para reventar. Porque así como es árbol de vida el cumplimiento del deseo, segun dice el Sabio (f), así no hay otro mayor desabrimento, que desear, y no alcanzar lo deseado; porque esto es como perescer de hambre, y no tener que comer. Y es lo bueno, que mientras más se les defiende lo que desean, mas les cresce con esta prohibición el deseo, y con el deseo no cumplido, el tormento; y así andan siempre en una rueda viva sin reposo.

Este es aquel estado miserable que significó muy altamente el Salvador en aquella parábola del hijo pródigo, de quien dice (g) que salido de la casa de su padre, se fué á una región muy léjos, donde hubo una grande hambre, de la cual alcanzó á él tanta parte, que la necesidad le hizo venir á guardar puercos, siendo hijo de tan noble padre; y lo que más es, que deseaba henchir el vientre de aquel manjar vil que comían los puercos, y no había quien se lo diese. ¿Con qué otros colores se pudiera pintar más al propio todo el discurso y miserias de la vida de los malos? ¿Quién es este hijo pródigo que sale de la casa de su padre, sino el miserable pecador que se aparta de Dios, y se derrama por los vicios, y usa mal de todos los beneficios divinos? ¿Qué región es esta de tanta hambre, sino este mundo miserable, donde es tan insaciable el apetito de los mundanos, que jamás se ven hartos ni contentos con las cosas que poseen, sino que siempre andan como lobos hambrientos, deseando y suspirando por más? ¿Y cuál es, si piensas, el oficio en que estos entienden toda la vida, sino en apacentar puercos; que es en buscar hartura y contentamiento para sus apetitos sucios y deshonestos? Si no, párate á mirar los pasos que da un hombre muy verde, y muy metido en el mundo, desde la mañana hasta la noche, y aun desde la noche hasta la mañana, y hallarás que todo se le va en buscar cómo apacentar y deleitar alguno destos sentidos bestiales, ó la vista, ó el gusto, ó el oído, ó el tacto, ó los demas: como unos puros discípulos de Epicuro, y no de Cristo; como si no tuviessen más que solos cuerpos de bestias; como si no creyesen que hay otro fin, sino para deleites sensuales: así en ninguna otra cosa entienden, sino, hoy aquí, mañana allí, andar á caza de gustos y pasatiempos con que apacentar algunos destos sentidos. ¿Qué otra cosa son sus galas, sus fiestas, sus banquetes, sus regalos, sus camas, sus músicas, sus conversaciones, sus vistas y sus salidas, si-

(e) Psal. 106. (f) Prov. 13. (g) Luc. 15.